

El terrorismo internacional es lo que la política estadounidense ha hecho de él

Virginia RODRÍGUEZ BARTOLOMÉ

GRAY, John *Contra el progreso y otras ilusiones*. Editorial Paidós. Colección Estado y Sociedad, Barcelona, 2006.

IGNATIEFF, Michael *El Mal Menor. Ética política en una era de terror*. Editorial Taurus, Madrid, 2005.

Los atentados terroristas del 11 de Septiembre de 2001 han ejercido una influencia decisiva en el mundo internacional. Dos de las muchas lecturas que se han hecho de ellos son las que nos ofrecen Gray e Ignatieff en sus últimos trabajos editados en castellano.

John Gray autocalifica su colección de artículos *Contra el progreso y otras ilusiones*¹ de herética. Quizá lo que pretenda con ello, es poner de relieve la distancia que su interpretación en clave realista, le otorga respecto a las nociones que el neoliberalismo manejó desde el fin de la Guerra Fría, mientras se convertía en el discurso dominante en el panorama internacional.

Para Gray, la crucialidad de lo ocurrido en Nueva York y Washington radica en que se puso de manifiesto lo imposible de mantener las suposiciones que auguraban que, con la caída del comunismo, se había entrado en una nueva era en la que los estados no tenían razón de ser, y donde la globalización prometía un camino hacia el progreso liderado por Estados Unidos que conduciría a un mundo pacífico.

El progreso es una ilusión de origen religioso, secularizada por las grandes ideologías surgidas de la razón ilustrada que dominaron el siglo XX, y que en el XXI se sustenta en una fe inquebrantable de los seres humanos en la ciencia, la tecnología y sus respectivos avances. El fin de este camino es, en todos los casos, una utopía que la razón trasladó del paraíso divino al mundo futuro, y los acontecimientos que siguieron a la caída del muro de Berlín parecían acelerar. El fin

de la contienda bipolar marcó para muchos la victoria de una visión del mundo cuya finalidad era un mercado libre de alcance global que se asentara sobre las nuevas posibilidades de comunicación brindadas por la tecnología, donde el intercambio de conocimiento, así como su desarrollo, acabara con todo lo que dificultaba la vida humana.

Pero el progreso no es más que una ilusión porque nada ha cambiado esencialmente en la naturaleza humana desde que las grandes preguntas relativas a ésta fueran planteadas en la Grecia Antigua. El error sobre el que se sustenta la idea de progreso consiste en creer que, como sucede con el conocimiento científico, el conocimiento de lo humano es acumulativo. Todo lo humano es recurrente, cada avance que, de la mano de los descubrimientos y logros de la ciencia, se considera dado para hacer del mundo un lugar mejor, retoma cuestiones que nada tienen de novedosas para los filósofos, antropólogos, sociólogos o los politólogos. Lo sucedido a raíz del 11-S es un claro ejemplo.

Cuando la posguerra fría auguraba unas condiciones favorables para la consecución de la utopía liberal, un nuevo actor internacional como el terrorismo, nos devuelve al punto de mira una serie de consideraciones que muchos creían obsoletas. La racionalidad del paradigma realista ha anticipado los dilemas que en el mundo internacional se han planteado desde que cayeran las Torres Gemelas. El principal problema, en este sentido, es que las interpretaciones de la realidad sobre las que se elaboran las políticas por parte de la Administración estadounidense tienen su racionalidad bastante alejada de este punto de vista.

Como ya pusiera de manifiesto Carr², y sirva esto para enfatizar la recurrencia de las experiencias históricas, es la utopía liberal fundamentada en un mesianismo latente, muy propia de algunos gobiernos norteamericanos, donde se sustenta la creencia de poder erradicar el mal del mundo. Mal que hoy en día representan los grupos terroristas internacionales, y los estados integrantes del, no en vano denominado "eje del mal". Ejercer el liderazgo del mundo civilizado en su camino de progreso constituiría la misión histórica de EE UU. Pero en el desempeño de esta tarea, la lógica que prima responde menos a la idea de cosmópolis que a la de imperio; es decir, busca menos la creación de unas instituciones de cooperación que, a modo de gobierno mundial, puedan organizar la convivencia en el planeta, que el afianzamiento de su posición hegemónica mediante demostraciones de poder

unilaterales en las que se combinan a partes iguales la sensación de responsabilidad histórica, y la persecución del interés nacional.

En esta mezcla interesada de liberalismo universalista y *realpolitik* se planteó la guerra de Irak, manifestación en sí misma del modo en que Estados Unidos plantea su política internacional y, como la propia marcha de los acontecimientos hace ver, el laboratorio donde se ponen de manifiesto las incongruencias y los costes de éstas; incongruencias y costes que se advertían desde el realismo antes de producirse.

Contemplar desde este paradigma lo acaecido a partir del 11-S supone poner en tela de juicio dos fenómenos que articularon las creencias que guiaban la acción en el mundo internacional en la inmediata posguerra fría: en primer lugar, la crisis del estado moderno; en segundo, la potencial universalidad del liberalismo.

Una vuelta a los planteamientos hobbesianos, esclarece ambos extremos, a la vez que, de nuevo, nos encontramos con una realidad incongruente con la idea de progreso, las respuestas dadas a preguntas del siglo XXI, fueron formuladas en el XVII.

Cuando Hobbes definió la esencia humana con la expresión “el hombre es un lobo para el hombre”, estaba identificando como una de las esencias de la naturaleza humana la necesidad de protección, que sólo podía obtener del sometimiento de los miembros de la comunidad a la autoridad del Leviatán. Las inquietudes del liberalismo desde entonces, fueron la definición de una serie de prerrogativas individuales, para limitar el poder excesivo de una autoridad fundamentada en la provisión de seguridad a los individuos que se someten a ella. El mundo en que vivimos hoy es heredero de toda esta tradición de pensamiento, pero es posible que haya olvidado cuál es su fundamento último: la seguridad individual, antes, incluso, que los derechos que nos convierten en ciudadanos de las democracias liberales de hoy día. A pesar de lo mucho que se haya teorizado sobre el terrorismo internacional, no es éste sino una forma de guerra no convencional al que sólo se puede hacer frente desde las instituciones que, aún hoy, ostentan el monopolio de la violencia legítima³, y éstas no son otras que los estados. Poco pueden hacer ante esta realidad las organizaciones internacionales, cuyas normas serán seguidas o no en función de las necesidades dictadas por el interés nacional.

Pero conviene no olvidar tampoco, que esta tradición de pensamiento es una de las muchas que podemos encontrar en el mundo, y las pretensiones sobre la universalidad de los planteamientos con que organizan la actividad social y política, los países convencionalmente considerados desarrollados o, según quiénes, civilizados, responde a un concepto de tolerancia que el propio Gray⁴ ya calificara de erróneo. Es la concepción hobbesiana del *"modus vivendi"* la única vía para la convivencia de cosmovisiones diferentes, concepción ésta que despeja de la ecuación internacional las, en su momento, proféticas teorías sobre "el Fin de la Historia"⁵ y "el Choque de Civilizaciones"⁶.

Es precisamente en esta concepción de la tolerancia, donde sitúa la defensa del sistema liberal-democrático de los estados occidentales que resultaron atacados por el terrorismo internacional, donde justifica las medidas que, desde estas páginas nos propone, para la realización de la función esencial del estado tal como Hobbes lo previera. En la defensa de nuestras sociedades, como individuos, debemos estar dispuestos a hacer concesiones respecto al régimen de libertades sobre el que se asientan, porque el terrorismo internacional ha puesto de manifiesto su vulnerabilidad, y supone un problema mayor que el estado no sea capaz de garantizar a este nivel, la seguridad de sus ciudadanos, que el hecho de tener que reconocerle capacidad de actuación en ámbitos de nuestra vida privada, o una cierta flexibilidad en la interpretación de las libertades de las que también es garante, si con ello cumple con su principal función. Pero esto es algo que tiene que producirse desde el más escrupuloso respeto a las normas que articulan las sociedades en cuya defensa se pide a los ciudadanos esas concesiones. En este sentido razona la propuesta de legalización de la tortura que, por detraerse del sistema de toma de decisiones democrático puede suponer un serio problema en cuanto a la legitimidad de unas acciones que, en la medida que podrían evitar grandes catástrofes, llegaría a ser comprendida por los consumidores de la seguridad que el estado proporciona.

Esta confianza en el procedimiento democrático nos dice no pocas cosas respecto a una concepción del mundo como la que aquí se ofrece. En la reivindicación del papel de los estados se aleja de los argumentos que, durante el siglo XX se manejaron en torno a la esencia del principio de soberanía y su función en el panorama internacional de la época. Consistía ésta en la evitación de la

injerencia de los estados poderosos sobre los débiles. En los noventa esta concepción se cuestiona. La intervención humanitaria pone en tela de juicio los principios sobre los que se asentaba el sistema internacional, pero las dificultades de legitimación en contra de tales principios del Nuevo Orden Internacional iban más allá del ámbito de lo teórico. El debate universalismo-relativismo retaba las pretensiones expansionistas de los valores liberales, cuya injerencia en otras sociedades era criticada desde el *"modus vivendi"*. Pero esto supone, en la misma medida, que la reacción al tipo de injerencia que supusieron los atentados, revitalizó las implicaciones del paradigma estatalista. Los estados poderosos podían tomar las medidas que estimaran necesarias en su defensa, sin atenerse a las demandas del cosmopolitismo, porque en este sentido, la pervivencia de las propias sociedades liberales-democráticas es más importante. Si para ello deben reformular sus presupuestos teóricos para hacer frente a los acontecimientos de una realidad, si no nueva, renovada, lo cierto es que sí pueden encontrar fundamentos a tal reformulación, al fin y al cabo, la tradición liberal se construye sobre una noción preliberal como la hobbesiana de la invariable naturaleza humana.

Es Ignatieff quien en *El mal menor* teoriza moralmente estas propuestas esbozadas por Gray en su argumentación. Si bien, los caminos por los que discurre su razonamiento son diferentes. El libro del canadiense se consagra, desde el campo de la ética, a una defensa de la democracia liberal como un valor en sí misma a la que hay que fortalecer con las decisiones políticas correctas que la hagan prevalecer sobre las bárbaras e incivilizadas organizaciones que la atacan. Se sitúa todo el planteamiento del libro en la dialéctica schmittiana del "amigo-enemigo" con la que se convierte en sospechoso de connivencia terrorista a todo estado no liberal. Sospecha agravada si se trata de un país musulmán. El "mal menor" lo constituyen las concesiones⁷ que se piden a los ciudadanos para evitar males mayores, parte de los cuales se originarían en las restricciones que, desde los gobiernos se tomaran sin someterlas al proceso dialéctico democrático, o sin justificarlas ante la opinión pública en el momento de rendir cuentas a un electorado que demandará este tipo de explicaciones. El mal mayor puede proceder de varios aspectos, fundamentalmente del menoscabo a la superioridad moral que la democracia liberal, como régimen político posee, por su propia configuración como vehículo para la toma de decisiones dentro de una sociedad civilizada; por otro lado, de un exceso de celo respecto al propio proceso democrático que haga ineficientes medidas a adoptar de manera inmediata, para evitar atentados como los perpetrados en Washington y Nueva York; finalmente de una aplicación

desproporcionada de medidas excepcionales, que nunca deben dejar de considerarse tales. Por exceso o por defecto, la aplicación correcta de la doctrina del "mal menor" constituye un ejercicio de inteligencia política que no exime de errores en su puesta en práctica. Errores éstos que cabrá perdonar en la medida que acabe ciñéndose al proceso y las responsabilidades del sistema. A diferencia del modo en que Gray entiende lo sucedido desde el 11 de septiembre, aquí se nos presenta la realidad internacional como inmersa en una nueva fase de un progreso, en el que lo característico es que tanto los atentados terroristas como la reacción ante ellos presentan una dimensión global que se asienta sobre criterios morales. Es, en definitiva la lucha del bien, el progreso, la civilización, contra el mal, la barbarie. Es significativo que, en ningún momento se eludan las cuestiones más controvertidas y desagradables de las implicaciones morales de esta estrategia de lucha antiterrorista, y en todo momento se admitan sus riesgos. Pero el planteamiento sobre el que se sustenta esta guerra de cruzada contra el terrorismo, es una visión unívoca sobre el dilema moral que cabría plantearse respecto a las decisiones a tomar en la defensa de la democracia desde su interior. Esta defensa es el bien; la amenaza terrorista a la democracia, el mal. Si Gray vuelve a Hobbes para encontrar respuestas, Ignatieff nos pide un acto de fe, una sacralización de nuestro sistema político sobre la que lanzar difíciles cuestiones a responder tras un examen ético en el que se barajen los costes y beneficios de responder ante una realidad nueva que, en ningún caso debe hacer dudar de la necesidad de mantener y fortalecer, en la medida de lo posible, el sistema democrático que lidera el camino de la humanidad a un mundo mejor. Que esto tiene un valor moral en sí mismo es una realidad, para Ignatieff ...

Conviene no perder de vista que el terrorismo internacional responde a dos interpretaciones distintas en ambos casos. Para Gray su caldo de cultivo son los estados fallidos, débiles o con dificultades para ejercer un control efectivo sobre todo su territorio. En estos estados, tanto la seguridad como las libertades individuales son promesas de un tipo de organización política que han debido adoptar para tener, al menos voz, en el panorama internacional, siguiendo las directrices que las pretensiones universalistas hegemónicas han marcado, pero que nunca han llegado a materializarse. Las frustraciones que estas directrices han generado en este tipo de sociedades, los movimientos terroristas han sabido capitalizarlas y ponerlas al servicio de sus intereses. Intereses perfectamente identificables y generadores previsibles de conflictos, puesto que la dinámica en la

que cabe situar estas luchas es la de obtención de recursos escasos. La lógica geopolítica del abastecimiento acaba por aparecer, aportando elementos de juicio para un análisis de la realidad donde el papel que juega no es, ni mucho menos, pequeño. Pero quizá sea esta lógica la que menos popularidad tenga electoralmente, la que suponga un precio más alto para unos gobiernos enfrentados a unos dilemas éticos distintos a los que habría de enfrentarse cualquier ciudadano de sus estados. Quizá sea en este aspecto donde cobre mayor vigencia la tradicional división entre ética de las responsabilidades y ética de las convicciones que trazara Weber desde la asunción de que el individuo común no es capaz de mirar cara a cara a la realidad de la política.

La percepción que tiene Ignatieff del terrorismo internacional le aleja, como ya se ha mencionado, de este tipo de dilemas. En el ámbito moral surgen todas las alarmas al tener que escoger entre males, que por algo lo son, menores, en evitación de un mal mayor. Como en tantas otras ocasiones, es importante leer lo que los textos no dicen, porque en sí mismo, esto puede describir un planteamiento mejor que los argumentos en que se sustenta. Y la lógica geopolítica de los recursos escasos parece desaparecer de la política internacional según su percepción. El terrorismo internacional no es otra cosa que la manipulación que en nombre de la religión o un tipo de fanatismo, el que sea, se hace de un impulso hacia la violencia que se instrumentaliza para cambiar la realidad, impulso éste que no pocas veces acaba en el nihilismo, pero que, en cualquier caso, no responde a un impulso racional, pocas veces es más que un impulso puramente emotivo. Esta configuración del terrorismo internacional es lo que permite articular contra él una guerra de cruzada en la que nadie dude de la moralidad de los fines que con ella se persiguen.

Si es la irracionalidad del actor su característica definitoria, no es posible manejar contra él los argumentos dados por el progreso histórico, sólo cabe su eliminación en esta lógica. En el momento en que la acción terrorista tenga motivaciones e intereses políticos, económicos o sociales, existe una moneda de cambio que permite razonar sin verse arrastrado por la tentación nihilista. Esta categorización del terrorismo es significativa por dos implicaciones muy estrechamente vinculadas: implica un nuevo estándar civilizatorio e ilustra algunas de las carencias del discurso que se mencionaban con anterioridad. Dar cabida en él a la geopolítica, supone reconocer un cierto grado de racionalidad a unas acciones

violentas que, no por intolerables, dejarían de ser racionales. En la lógica del progreso esto resulta relevante en la medida que aquello que es razonable, no ofrece ningún tipo de facilidades apriorísticas para su demonización. De manera que ante aquello que siendo malo, es razonable, la estrategia del mal menor tiene un problema. Aún siendo relativista en muchos de sus aspectos, se sostiene por la vigencia de un absoluto, el concepto de mal. Si esto deja de ser así, si cabe situar a los actores malignos dentro del estándar civilizatorio, entonces las diatribas morales respecto a su tratamiento adquiere una complejidad ética mucho mayor, aún más subjetiva, y con más riesgos en cuanto a su coste electoral.

En realidad ambas posiciones no difieren tanto entre sí. Pero las coincidencias van más allá de las similares medidas a adoptar ante un enemigo como el terrorismo. La mera partida del análisis de la realidad internacional desde las novedades, o recurrencias, que plantea un nuevo actor, nos dice bastantes cosas a nivel epistemológico. Conciben ambos el mundo internacional como una estructura en la que los agentes interactúan. Su análisis se basa en el modo en que se producen esas interacciones entre los agentes, y entre éstos y la estructura. Se fundamenta en los cambios de agencia y estructurales del mundo internacional y, sobre todo, Ignatieff no contempla la posibilidad de que el germen de las nuevas agencias, sea la propia estructura. Sin embargo, Gray defiende una posición que le acerca a la percepción de una realidad más ajustada a los procesos que hoy cabe identificar en el mundo internacional. Porque la realidad la forman los procesos generadores de las condiciones que posibiliten nuevos procesos, donde discursos como los aquí expuestos, son una parte esencial. En la realidad así concebida, interactúan diversos agentes que, además de poder en términos sistémicos, tienen una identidad generada a través de los procesos cuya importancia no es, en absoluto, menor. Porque en la definición de los problemas internacionales, convertir al terrorismo internacional en el enemigo contra el que luchar, es una empresa llevada a cabo mediante planteamientos como los aquí reseñados.

Por eso estos discursos constituyen parte de la realidad internacional, porque en torno a ellos se genera la agencia y la identidad de un actor a partir de unos acontecimientos. Dicho de otro modo. La relevancia de la identidad de los actores en el mundo internacional es tal, que el fin del comunismo planteó un serio problema, en la medida que gran parte de la autoidentificación de los actores responde a dinámicas dialógicas que, por oposición, definan. El 11-S proporcionó,

en este sentido los acontecimientos suficientes para la construcción de un enemigo poderoso, visible y reconocible. Y también común a las democracias occidentales liberales (príncipes en sentido maquiaveliano para las que están escritas ambas obras). La lógica schmittiana abona bastante bien el proceso de creación de identidades sospechosas, por no liberales o por musulmanas, de enemistad y lo hacen sobre la relevancia de un actor de peso internacional como es la opinión pública de las democracias liberales. Un actor que, desde la empatía generada por su pertenencia a unas sociedades asentadas en principios similares a la suya, sentía que lo sucedido en Washington, Nueva York, Madrid o Londres atacaba su forma de ser y estar en el mundo, la de Ignatieff, la de Gray y la nuestra.

Por ello, el discurso de la amenaza sustentado en el miedo a que algo así se repita, ha convertido al terrorismo internacional en el enemigo contra el que luchar, y en esta lucha se van a sacrificar importantes principios de nuestras sociedades que van a ser redefinidos en este contexto. Los conflictos olvidados generan más muertes en un mes que los atentados de Nueva York pero sus víctimas están silenciadas por vivir en realidades tan diferentes al mundo liberal que genera el discurso dominante. Sus demandas son visibilizadas ante este mundo por otros actores internacionales, los agentes no estatales y movimientos sociales. A través de ellos llegan a una agenda internacional que convertirá los conflictos en acciones terroristas de manera interesada, integrando a sus víctimas en una comunidad internacional cuya identidad se consolidará en torno a una amenaza común, la que supone el terrorismo en el mundo de hoy.

¹ GRAY, John *Contra el progreso y otras ilusiones*, Paidós. Colección Estado y Sociedad, Barcelona, 2006.

² CARR, Edward H. *La crisis de los veinte años 1919-1939*, Libros de la Catarata, Madrid, 2004.

³ WEBER, Max "La política como profesión" en *La ciencia como profesión y la política como profesión*, Austral, Madrid, 2001.

⁴ GRAY, John *Las dos caras del liberalismo*, Paidós, Barcelona, 2001.

⁵ Teoría que, en la formulación de Francis FUKUYAMA, interpretaba la caída del comunismo como el triunfo definitivo del liberalismo como teoría política, lo que suponía alcanzar la finalidad, en sentido teleológico, de la historia.

⁶ HUNTINGTON, Samuel P. *El choque de civilizaciones*, Paidós, Barcelona, 1997.

⁷ Algunas de estas concesiones serían la aceptación de la tortura en determinado tipo de interrogatorios, las guerras preventivas, la regulación de todo intercambio comercial o intelectual a través de las fronteras...